

Capítulo VII. Presencia y espíritu.

VII - 1. La apertura a Dios y al hombre determinan la convivencia en sociedad.

Es verdad que el factor determinante inmediato de la convivencia social hay que buscarlo en la necesidad de sobrevivir; es verdad que a la sociedad en un primer momento la aglutina el hambre. Pero profundizando nuestra consideración hasta el fondo metafísico, que es el que buscamos en estas reflexiones, hay que pensar que el factor determinante más profundo de la convivencia social es la apertura metafísica del ser humano al ser infinito de Dios y al ser limitado del prójimo. No negamos la cohesión social que proporciona la urgencia de las necesidades biológicas. Pero afirmamos que en ellas y tras ellas late la apertura metafísica a Dios, cuya urgencia es la raíz de toda otra urgencia verdaderamente humana.

La apertura al ser de Dios germina a partir de la experiencia del "yo soy" sentido como presencia. Téngase en cuenta que el dominio y posesión del propio ser pueden conceptuarse como presencia. Ni siquiera presencia del propio ser o presencia del yo, sino simplemente presencia. Para entender en qué consiste el dominio sobre el propio ser basta con que el yo sea una presencia desnuda y dominante: desnuda de toda carga afectiva o pasional que lo sotierre, y dominante sobre cualquier otra presencia interior que puedan traer la memoria o la imaginación. Y este yo desnudo y dominante hecho presencia interior incluye inseparablemente su propio ser, y es de hecho "yo-soy"

VII - 2. El yo-presencia, abierto a la Presencia infinita.

El yo como presencia patentiza la presencia absoluta e infinita. El yo-presencia apoya su grandeza sobre la pura precariedad y hasta nulidad de su entidad. Es un cono invertido de peso supremo apoyado en un vértice de la estrechez de la nada. No puede, por tanto, sino estar abierto a otra presencia infinitamente superior a la suya y apoyada en su propia infinitud.

Y quien se encuentre incómodo ante la pobre oferta que hace a la imaginación el concepto de *Dios-presencia*, que trate de acceder a él por la vía de la valoración espiritual antes que por la imaginación. Que se ejercite en ver *presencia* allá donde acontezca alguna situación a la que se sienta movido a responder, herido por la percepción viva de su significado. Sirva cualquier ejemplo: el amigo con quien a la vuelta de los decenios nos volvemos a encontrar, o el concierto polifónico de gran calidad que no volverá a repetirse. Estas situaciones están caracterizadas no por su diseño estático (su localización espacio temporal, su duración, forma y figura de las personas o cosas que forman parte de ellas, etc.)

sino por la densidad de su significado. No son mensurables, sino ponderables. Son situaciones que resultan densamente presentes. Una vez sucedidas, su recuerdo se resiste a pasar al pasado: perdura vivo y presente llenando un largo espacio de tiempo con su "ahora".

Estas presencias intensas, que de tiempo en tiempo nos suceden, nos sacuden beneficiosamente el sopor con que habitualmente nuestro espíritu yace distendido sobre el tiempo, descuidado de descubrir el relieve de los acontecimientos, captado por nostalgias del pasado o tensiones del futuro, y pobre en presencias del presente. Conviene mucho que éstas, las presencias, nos estremezcan y se erijan ante nuestro espíritu como la verdadera vocación y alimento de éste. Una secuencia de acontecimientos formada solamente de presencias, esa es la vida del espíritu, la vida eterna.

Hablamos de secuencia de "presencias", prefiriendo este término al de "presentes". Expliquemos esta preferencia.

VII - 3. Presente y presencia.

Tanto el encuentro con el amigo como el concierto polifónico no eran propiamente presencias, sino cosas presentes. ¿En qué se diferencia el concreto presente del abstracto presencia? El *presente* es el amigo que se acerca o el orfeón que se dispone a cantar. Mientras que la *presencia* es *el amor* que yo tenía puesto en el amigo, *el bien* que su trato ha inducido en mi espíritu, *la belleza y armonía* que va a obtener el orfeón con su canto, *la elevación* siempre nueva que ese canto procura a mi espíritu, etc. Se dirá que tales perfecciones, más que presencias, son respectivamente amor presente, belleza presente, etc. Pero obsérvese cómo su atractivo y su fuerza elevadora radica precisamente en la presencia. Nos arrebatada a las alturas no la canción bella presente, sino la presencia de la canción bella, y más propiamente, la presencia de la belleza en una canción. De tal forma que la belleza misma tiene el núcleo de su valor en el hecho de ser presencia bella, y mejor aún, presencia conformada como belleza. Es escuetamente la presencia la sede última del ser y la clave de toda la perfección que el ser puede adquirir. Trataremos de aclararlo más.

VII - 4. De la presencia a la virtud.

Descendamos de nuevo al yo. Contemplémoslo en un estado de posesión tranquila de su ser. Es verdad que esta posesión puede tener grados. Y que en uno mínimo la posesión se reduce a un simple estar conmigo mismo descansando. Pero obsérvese cómo un simple aumento de presencia de ser,

aunque no vaya acompañado de la intención de actualizar determinadas virtudes del espíritu, como la decisión o la claridad mental o la religiosidad, deriva espontáneamente en esa actualización que no se buscaba formal y expresamente. Esto es señal de que el principal componente de esas virtudes es la simple presencia de ser. Bien es verdad que en el caso de la persona humana no llegaremos nunca demasiado lejos en nuestro empeño de descubrir virtudes en la presencia de ser, porque éste es harto limitado. Pero si sustituimos la persona humana por la divina, si suponemos no un ser que se pueda hacer presente a sí mismo en gradación indefinidamente mayor cada vez –nunca el ser divino encajará en tal dualismo (ser + posibilidad)-, sino un ser que es pura e infinita presencia de ser, no encontraremos dificultad en concebir que dicha presencia de ser, por ser presencia, contiene en sí infinitas perfecciones de ser en grado infinito.

VII – 5. La presencia, vínculo de unidad.

Si la presencia es concepto apto para significar el ser y para sintetizar en sí toda perfección, estamos también legitimados a pensar que el primer beneficiario de esa virtualidad sintetizadora es ella misma. Es decir, la presencia es vínculo de unidad de sí misma.

Lo cual, antes que un raciocinio formal pretende ser una sencilla evidencia intuitiva. ¿Cómo puede la presencia dejar de hacer presentes entre sí sus propios contenidos, si es que los tiene? Y si, por tratarse de la presencia infinita, no tiene propiamente contenidos distintos de ella misma ¿cómo y para qué va a evitar el ejercer sobre sí misma su acción unificadora? ¿Qué otro factor distinto de la presencia podrá tener un efecto presentificador, y por lo tanto unificador? Con la particularidad –y permítaseme por un momento cierta libertad en el lenguaje- de que siendo la presencia (y no, por ejemplo, la mera semejanza o la unión finalística) el factor unificador, transmitirá su carácter ígneo a la unión que logre. Para verlo mejor pensemos en la Presencia Divina, que puesta a unificar a sus criaturas lo hace transmitiéndoles su fuego de Presencia perpetuamente presente y actual, es decir, transmitiéndoles su Amor. Dentro de la oscuridad misteriosa que envuelve el ser de Dios parece que estamos legitimados a afirmar que en Dios, la presencia, esa propiedad que resume su ser, se identifica con su amor, del que, por caminos de revelación también sabemos que resume el ser divino.

VII - 6. La presencia, además de unificar, abre.

En el ser divino se conjugan, pues, perfectamente apertura y unidad. Porque ambas son expresión igualmente directa de la presencia. Para aclararlo mejor, descendamos de nuevo al hombre.

Volvamos a representarnos la presencia de nuestro ser en el yo. Observemos cómo por mucho que la imaginación nos ofrezca su compañía de sutiles imágenes- quizás de una especie de filamento alargado extendido a lo largo de la columna vertebral que represente al yo, quizás una especie de niebla interior extendida por el cuerpo pero con una luz clara a la altura de la cabeza, o la misma imagen agrandada de la palabra escrita YO- entendemos perfectamente que eso que hemos llamado la presencia de nuestro ser en el yo es una realidad que no tiene nada que ver con ninguna de esas imágenes. Y haciendo el esfuerzo de vaciarnos de todas ellas para quedarnos con la pura presencia intelectual en nosotros con esa que hemos llamado presencia de nuestro ser en el yo nos encontramos con una especie de oquedad carente de toda corporeidad, forma y figura, aunque invadida por la presencia de un yo nuclear y presentísimo, o por mejor decir, invadida por una presencia vivísima y luminosísima dotada de un centro de sustentación y de decisión completamente abierto a su propia presencia, así como a la presencia absoluta y a toda otra presencia humana.

VII - 7. Pretendemos asentarnos directamente en el espíritu.

Detengámonos un poco en esta última imagen, quizás demasiado densa como para asimilarla de golpe.

Pretendemos en el fondo algo bastante audaz y aventurado: asentarnos, en la medida de lo posible, en nuestro propio y desnudo espíritu para descubrir en él la naturaleza de sus vibraciones y tensiones y asegurar la firmeza de nuestro paso en nuestro caminar hacia la libertad.

El primer paso era la invitación a vaciarnos de lo que podemos llamar imágenes concomitantes. Como es punto ya suficientemente tratado, valga solamente recordar lo urgente que nos es, en orden a entender el espíritu humano, sus vibraciones y sus tensiones, sus inquietudes y descansos, sus riquezas y sus pobreza, sus metas y sus amores, acertar a asentarnos escuetamente en él, formándonos de él una idea que no necesite, o a penas, pedir al mundo de los sentidos y de la imaginación el préstamo por ejemplo de un como vientecillo sutil que penetrara todos los entresijos del cuerpo, simbolizando así al alma, o el de una roca inmovible que representaría el alma de una persona de firme personalidad.

¡Claro que es imposible vaciar de imágenes nuestra mente! Ni conviene tampoco intentarlo indiscriminadamente. Restringimos nuestra invitación al concreto objetivo de aprehender de alguna manera el espíritu y su sentido, sabiendo que, si lo logramos, no pasará mucho tiempo sin que podamos recuperar nuestra imaginación e integrarla en un fecundo pensamiento.

Decíamos cómo, en nuestro esfuerzo de puro pensamiento, nos encontramos con una especie de oquedad carente de toda corporeidad, forma y figura, aunque invadida por la presencia de un yo nuclear y presentísimo, o por mejor decir, invadida por una presencia vivísima y luminosísima dotada de

un centro de sustentación y de decisión completamente abierto a su propia presencia, así como a la presencia absoluta y a toda otra presencia humana.

“Una especie de oquedad” Imagen pretendidamente decepcionante para forzar a la imaginación a vaciarse y convertirse también ella en una oquedad y poder así sintonizar certeramente y con plenitud de empatía con la positividad pletórica de esa oquedad, que es la presencia del yo. Aquí no hay masa corpórea ni forma ni figura; pero hay sentido, luz y potencia; no hay ninguna nubecilla sutil y como grisácea, capaz de actuar como de plastilina espiritual, para configurar el fantasma de la persona. Pero hay densidad, centralidad, importancia y pretensión. Hay en resumen presencia, una presencia de tal manera identificada con el yo que quedan ambos resueltos en el otro: el yo queda resuelto en la presencia y la presencia en el yo.

Ya no nos preguntamos por la materia a que se refiere esa presencia. Es una presencia sustantivada, apoyada en sí misma, una presencia que se sabe a sí misma como yo.

VII – 8.. ¿El “yo presencia” es el espíritu?

Este “yo presencia” es legítimamente acreedor al término de “espíritu”. Para aceptarlo no necesitamos ya acudir a ninguna dogmática filosófica ni tradición espiritualista. Nos ha salido a nuestro encuentro sin apenas buscarlo. Y si se nos arguyera que el yo-presencia no es propiamente el espíritu que conciben dichas tradiciones, sino que tenemos que seguir buscándolo, responderíamos que lo que hemos hallado, se llame o no espíritu, constituye una atalaya sustentada sobre roca para observar desde ella el panorama entero de la naturaleza de la persona humana, sus notas características, sus pretensiones y sus metas. E incluso podremos seguir descubriendo misterios en la atalaya porque su constitutiva presencia la deja abierta a sí misma y prendida de sí misma. No nos quedaría más que ponerle nombre a esa atalaya. Y nadie nos podría impedir el llamarla precisamente espíritu. Al fin y al cabo nuestro concepto de espíritu tendría todas las propiedades del tradicional. Y estaría además libre de la dificultad que el tradicional ofrece a la hora de “imaginarlo” y “localizarlo”.

Muchas personas de buena voluntad suponen que el espíritu –conocido también como alma- como quiera que sea, pidensan, objeto exclusivo de la fe religiosa, es algo ajeno a toda experiencia no solo sensorial externa, sino también psíquica interna. Con lo cual se ven forzadas a formarse para el concepto de alma un contenido que, por no poder participar de la experiencia ni interna ni externa, está necesariamente abocado a ser fantasmal. Y así se creen obligadas a admitir un tercero y misterioso componente de su ser de personas humanas, además de su cuerpo y su psique: tercer componente que configuran a modo de fantasma de sí mismos, inerte y ocioso, que cobrará protagonismo y entrará en actividad con la muerte. Es de esperar que para estas personas nuestra

concepción del espíritu como "yo-presencia-sustancial" les resulte liberadora e iluminadora. Nos encontramos así con un alma, que no sólo no está al margen de la experiencia, sino que está en el fondo de todas las experiencias.

VII - 9. Al espíritu nada le interesa tanto como el espíritu.

Esperamos que todas estas reflexiones hayan logrado perfilar con toda nitidez los rasgos que definen y constituyen el espíritu, permitiéndonos afirmar con plena seguridad que el espíritu está abierto al espíritu, al propio y al ajeno. Nada le interesa tanto como el espíritu, sobre todo el de Dios.

Esa apertura del interés, esa presencia del yo volcada en la presencia del tú, ese estar el tú incorporado en la presencia del yo, es el amor. El amor no es, pues, una gratuidad caprichosa, es una necesidad constitutiva, que, por lo tanto, nos constituye, no nos divierte. Y si nos constituye nos ayuda a encontrar nuestro destino: la libertad metafísica, la posesión del propio ser. Se trata de una posesión que exige, en virtud de la apertura a la unidad y al amor, estar dispuestos a perder lo mismo que queremos poseer; pero que resulta al fin satisfacer el más personal interés.

VII - 10. La pérdida de la indiferencia.

Conviene aclarar esto lo mejor posible, aun a riesgo de repetir ideas ya desarrolladas. Estamos ante la piedra angular destinada a darle al edificio de la convivencia no solo fundamento, soporte y coherencia, sino también contacto y calor humanos, flexibilidad, estilo personal, criterio de gobierno, dignidad y hasta elegancia.

La apertura de que hablamos no es la mera posibilidad práctica de dirigir hacia el hombre o hacia Dios nuestro estudio o nuestra contemplación, sino que es ante todo la pérdida de la indiferencia ante ambos. Tanto Dios como el hombre, en su calidad de entidades concretas y existentes, nos interesan vivamente. Apelo a nuestro interés profundo, el que nos embarga cuando nos ponemos en contacto con el centro de gravedad de nuestro ser, es decir, con su sustancialidad, la sustancialidad de nuestro espíritu. Nuestro espíritu (vale decir nuestro "yo" o bien nuestro "yo presencia") es el apoyo último de todo nuestro ser: nuestro cuerpo y nuestra psique. Todo lo que hacemos y nos acontece se apoya en

último término en el yo y en él repercute, mientras que el yo no se apoya en nada, no es de nadie sino de sí mismo. Todo lo que somos gravita sobre el espíritu, pero el espíritu no gravita sobre nada ni sobre nadie, sino sobre sí mismo. Este gravitar el espíritu sobre sí mismo es la sustancialidad.

Es, pues, obvio que el espíritu se es a sí mismo interesante, se ama a sí mismo. Consciente como es del ser y la nada, y encontrándose en el ser y fuera de la nada, y siendo además el último responsable de su ser, le es metafísicamente necesario amar su propio ser.

Y como prolongación de este amor al propio ser brota el amor al ser del otro. En efecto, el otro es fácilmente descubierto como espíritu hermano cuyo ser gravita también sobre sí mismo y constituye para él mismo su máximo interés. Se da pues una llamada clara a la empatía. Que no es solamente semejanza. No es meramente que he conocido a un ser semejante al mío. Es que el conocimiento, cuando descansa realmente en el espíritu al que ha conocido, cuando realmente se queda permaneciendo en la sustancial presencia de ese espíritu ante sí mismo, no solo se queda en ella, sino que ese su quedarse es también por identidad un incrementar su propia presencia como sumando a ella la que tiene ante sí mismo el espíritu al que ha conocido.

Así es cómo del amor al propio ser brota el amor al ser ajeno identificándose ambos en un único amor.

VII - 11. ¿Dónde empieza la impureza del amor propio?

Esta afirmación puede suscitar la sospecha de si no estaremos fundamentando el amor al prójimo en el amor propio, suprimiendo así la raíz de su pureza: el olvido de sí mismo.

No hay ningún peligro de impureza. La estructura del espíritu no la admite. La impureza afecta a sus opciones, al ejercicio de su libertad, no a su ser sustancial. Este, dejado en su propia espontaneidad, es pura y simple presencia de sí mismo. Ciertamente descubrimos en él un algo, o por mejor decir, un alguien, que como que sustenta esa presencia. Ese alguien es nuestra propia persona. Pero el alguien y su presencia no se distinguen como cosa y cosa. No es alguien que tiene presencia, sino alguien que es presencia.

VII - 12. La inteligencia dispone al amor.

Ese alguien es pura patencia de sí mismo y a sí mismo. Y en este hacerse el ser patente a sí mismo consiste radicalmente la inteligencia. Inteligencia es el ser que en su revertir sobre sí mismo se hace patente a sí mismo. No es ninguna cota que la inteligencia haya alcanzado en su ascensión evolutiva. Es que el ser ya de por sí es pura patencia y apertura a sí mismo.

Por eso la inteligencia en su ejercicio natural, lejos de cerrar al individuo en sí mismo impidiendo el amor, lo extravierte y abre a la realidad entera de las personas y las cosas disponiéndolo al amor.

Así que la inteligencia, con tal de que sea usada según su vocación natural de descansar en el ser y valor de las cosas, siempre, aun cuando piense en sí misma, es unificadora y purificadora, y no hay en su ejercicio ningún peligro de amor propio, por más que sea y tenga que ser el amor al propio ser quien la ponga en marcha.

VII - 13. El amor propio se apoya en el juicio humano.

En el amor propio hay un juicio previo sobre el ser. En el amor propio no es el ser quien ejerce su influencia e impone su ley, sino el juicio humano, que sustituye a la experiencia directa del ser. Tal sustitución es el resultado de la no aceptación del camino del ser por parte de la voluntad. Siempre estamos invitados a caminar por él; siempre estamos invitados, cuando buscamos en nosotros mismos base para nuestra actuación, a trascender las tendencias primitivas actuadas por el impacto con la realidad, yendo igualmente más allá de los sentimientos, que son como la persistencia en el psiquismo consciente del carácter agradable o desagradable de dichos impactos. Siempre estamos invitados a asentarnos en el desnudo y profundo ser del yo, allá donde brota el puro y simple querer de la voluntad. Siempre estamos invitados a mirar desde esa base la realidad con la que tenemos que entrar en contacto y encauzar hacia ella la apertura esencial que es nuestro ser, haciéndolo descansar en dicha realidad. Esta es la vocación esencial de la inteligencia humana. Este es el camino del ser. Acertaremos o no acertaremos con él. Querremos o no querremos seguirlo. Si acertamos y queremos, el ser mismo se convierte en nuestro juez. El nos guía y nos posee y el alma queda asentada en él y en el amor. Y entonces es cuando paradójicamente más y mejor se posee el alma a sí misma. Y entonces es también cuando más lejos está del egoísmo.

El egoísmo empieza cuando se desacierta del camino del ser o se rehúsa seguirlo. Pero ni el desacierto ni el rechazo son capaces de constituirse, como tales, en base de descanso y criterio de actuación para el alma. Son puras negatividades. En vista de lo cual el alma, dando un salto en el vacío, decreta su positividad. Y para llenar de alguna manera ese vacío erige en jueces justificadores de su decreto a un coro de voluntades humanas amigas, reales o supuestas, que se encargan de construir la ideología pertinente que sirva de apoyo a su sentencia invariablemente y a priori

absolutoria y canonizadora. O bien, renunciando al coro decide el alma bastarse a sí misma para emitir tal sentencia.

Tal es el camino del no-ser y del egoísmo. Porque lleva al alma a negar su apertura al ser y encerrarse en sí misma, sin que baste para remediarla el volcarse en los demás.

O bien el juez es el ser mismo y entonces nos posee y guía el amor, o bien el juez es el juicio humano y caemos en el egoísmo.

La convivencia social se apoya en una piedra angular sagrada: la naturaleza y vocación del espíritu humano. El cual, de alguna manera, transmite su sacralidad a la convivencia social que no puede ya estar en función de la arbitrariedad irracional de una libertad de opción anárquica, sino que está dotada de un "deber ser" inviolable, digno de ser investigado cuidadosamente por todos y especialmente por los órganos de dirección.

VII - 14. El camino de las cosas.

Al lector que haya llegado hasta aquí quizás le parezcan demasiado prolijos nuestros análisis. Tanto cuidado responde, sin embargo, a un convencimiento nuestro. Y es que si tenemos los hombres algún punto de encuentro en nuestras disparatadas divergencias, ese punto no está en la subjetividad de nuestro sentir sobre las cosas, sino en la objetividad de las cosas mismas. Ellas, y particularmente el hombre mismo, contienen la clave –de validez universal- de nuestro destino final y nuestras metas intermedias. Importa, por lo tanto, hacerse con esa clave. El trabajo es arduo y sujeto a errores. Y los habrá sin duda –esperamos que menores- en estas reflexiones. Asumimos nuestra responsabilidad. Lo que no queremos es escaparnos de ella refugiándonos en la falsa infalibilidad de un sentimiento subjetivo que pretende justificarse con el mero hecho de ser mío.

El hombre y su espíritu abierto a la unidad y destinado a la libertad: esa es la piedra angular del edificio, tanto de la convivencia como de la vida individual. Las demás piedras no son agregados extraños: brotan de la misma piedra angular. Con lo cual el edificio entero está atravesado por la luz. Y si esta luz se manifiesta, resulta irresistible la invitación a instalarse en el edificio. Solamente deja de verlo quien decide someterse a la tiranía ciega de un sentimentalismo primitivo o de una exaltación indiscreta de la espontaneidad de su libertad. Es la simiente de donde han de brotar las grandes teorías tiránicas del Estado. La exaltación del sentimiento generará la teoría racista o los fundamentalismos religiosos, y la excesiva valoración de la libertad desembocará en regímenes anárquicos en los que acabará por reinar el más fuerte, imponiendo su ley. Ambos errores tendrán como causa el rechazo de la luz aportada por el

análisis de la naturaleza humana; y como efecto, la anulación de la persona humana y la de su auténtica y metafísica libertad, que son la verdadera finalidad de toda convivencia social civil.

“Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero no vayáis a tomar la libertad como estímulo del instinto; antes bien, servíos mutuamente por amor. Pues la ley entera se cumple con un precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” .(Gal. 5,13-14)

VII - 15. Entre individuo y sociedad se da una mutua influencia.

En resumen, el espíritu humano está constitutivamente abierto al espíritu humano. He aquí el germen y norte de la convivencia social. Las demás cualidades, abundantes, que enriquecen la naturaleza humana están destinadas a preparar, facilitar, vigorizar, flexibilizar, dulcificar, personalizar, en suma, el proceso de apertura que ha de desembocar en la institucionalización de la convivencia en sociedad.

No que la sociedad sea la finalidad a la que esté ordenado el proceso de apertura, ni que sea un proyecto para un futuro que no sabemos cuánto tardará en llegar. El proceso de apertura está ordenado al individuo mismo, y la sociedad es un hecho vigente desde el origen mismo de la humanidad. “No es bueno que el hombre esté solo”, fue el sencillo pensamiento que movió a Yahwéh a constituir la primera sociedad humana. La sociedad emerge y se constituye como hecho firme y estable en cualesquiera circunstancias de cultura, nivel de desarrollo, costumbres o creencias, aún las más aberrantes y rastreras. La sociedad surge mucho antes de que el hombre sea capaz de hacerse consciente de las exigencias de apertura y comunicación de su espíritu. Bastan las exigencias de la más material supervivencia. No obstante, aun en sus formas más pobres y primitivas es necesaria para que el ser humano inicie su camino individual hacia la libertad de su espíritu, estableciéndose con su marcha, entre individuo y sociedad, un juego de mutuas influencias, positivas o negativas, que por su carácter de inevitables, determinan la estructura entera de la sociedad y el delicadísimo juego de derechos y obligaciones que la ligan con el individuo.

VII - 16. Epílogo de la primera parte.

METAFÍSICA DEL HOMBRE Y DE LA CONVIVENCIA O EL SURGIMIENTO DEL ESPÍRITU HUMANO DE LA INTIMIDAD DEL SER.

Con estas reflexiones pensamos haber abierto la puerta y preparado el camino de un análisis fecundo del hecho social y sus diversos aspectos, que sirva al menos para serenar el espíritu y proporcionarle criterios de solución del enmarañado complejo de problemas que nos ofrece la convivencia.